

El VIII Congreso Mundial de los Poetas

En Manila (1968), Taipéh (1973), Baltimore (1976), Seúl (1979) i San Francisco (1981), Madrid (1982) y Marraquech (1964), el Congreso Mundial de los Poetas ha ido siendo una realidad atendida a triple propósito: incrementar la relación de los que hacen la poesía; exponer y discutir las cuestiones de ésta; darle voz conjunta a quienes expresan, en los cinco bontinentes, el espíritu nunca ajeno a los problemas del mundo,

La cita de 1985 era en Corfú, gracias al patronazgo de Melina Mércouri, Ministra de Cultura y Ciencias de la República de Grecia. A esa Ma, la segunda en extensión del archipiélago jónico y la más próxima a Italia, fueron llegando el 28 de septiembre los participantes de esta Asamblea!. Cuatro españoles hicimos juntos el viaje desde Madrid: Rafael Alberti, Justo Jorge Padrón, Odón Betanzos Palacios y el cronista. En Atenas se nos uniría Beatriz Amposta, catalana que vive en Roma.

El Hotel Corfú Hilton iba a ser residencia de la mayor parte de los convocados: más de cien en el arco de! países que comprende desde la vecina Alba-

nia a Yugoslavia. La ONU poética en acción. Entrecruce de idiomas (francés, inglés y español los oficiales). Reencuentro con los conocidos, curiosidad ante los nuevos. Presencia múltiple de Mimmo Morina, Secretario General de la Organización con sede en Luxemburgo, un siciliano de pura dinámica, y de sus inmediatos colaboradores Charles Carrera y Titos Patrikios.

El 29, a las diez de la mañana, se abrieron las sesiones con unas palabras de Morina, en las que, retomando el hilo de Marraquech, volvió a airear lo que significa el Mediterráneo. En este enclave de Corfú, según las tradiciones homéricas, Ulises fue un naufrago asistido por la fortuna de conocer a Nausicaa, hija de Alcinoos, rey de la isla. Leopold Sedar Senghor, Presidente del Congreso, lo mismo que en 1984, pronunció la lección de apertura, y también, como entonces, hizo hincapié en esos ejes *Mare Nostrum* poesía, en el marco de las primeras civilizaciones ligadas a los ancestros africanos. La atmósfera mágica de lo helénico se inscribe en la costumbre del canto, como ocurre en la poe-

sía latina, semítica y árabe donde cuenta el origen popular. «*Lo que caracteriza a la poesía mediterránea es la sensibilidad tormentosa*». Invitó a que luchásemos contra la tendencia a lo oscuro, tan visible en la lírica moderna. Dijo que «*el poema ha de ser agradable al corazón y al oído*». Senghor habla siempre como un académico francés, sin olvidar sus propias raíces. En su sistemática rigurosa hay un tono caliente. En nombre de Melina Mercouri y del Gobierno, el Alcalde de Corfú pronunció su discurso de bienvenida, felicitándose de que *los obreros de la poesía* estuviesen en la isla de la hospitalidad y del amor. Por él nos llegaba el mensaje de los poetas griegos, con recuerdo de Elitis, Ritzos, aunque, por circunstancias inexplicables, ninguno de ellos acudiera, ni a ese acto ni a los demás.

El día 30 tuvo su arranque el trabajo de las comisiones según la triple temática propuesta: *La poesía mediterránea y la civilización. El poeta en la sociedad contemporánea: condiciones de su situación social. El poeta, la industria del libro y los medios de comunicación social*. Interviene en este último grupo con una ponencia sobre *Cuarenta años de poesía española a través de la colección Adonais*. En el programa de ese día, figuraba la presentación en el Teatro Municipal de la *Antología Thalata* (homenaje al mar), que integra textos de muchos poetas, realizada vistosamente a través de su espectáculo audiovisual, cuya materia fue aportada por la Fundación Cousteau.

En las primeras incursiones por Corfú-pueblo, hubo el hallazgo de una imagen del Sur volcada hacia el turismo y su correspondiente incitación de múltiples tiendecitas. Y, por la noche, en los Jardines del Pueblo, recital de escandinavos, eslavos y neo-

latinos (anglosajones, germánicos y orientales se concentrarían en el teatro). Cjreía estar en la Granada renacentista y de ahora: espesor de árboles y abundancia de luz. Los bailes folklóricos recordaban el ceremonioso aire catalán, no sin incrustaciones galaicas. Muchos poetas en la lista de espera. De madrugada, nos tocó el turno a los hispanohablantes, presentados por Justo Jorge Padrón. El frío, no sólo climático, fue amortiguándose al aparecer Rafael Alberti, vestido de blanco, para decir su canción de la paloma equivocada y el diálogo del general. Seguidamente Humberto Díaz-Casanueva, uno de los grandes poetas que hoy tiene América; Odón Betanzos Palacios, Beatriz Lagos, Angela Reyes, Ana María del Rey, Ruiz de Torres, Margarita Feliciano, Lupita Monroy, Eduarda Moro, Alfredo Villaverde, Berta Alicia Cantuco, Guillemo García Martín, Naín Nómez, Sofía de Meló, quien escribe y Padrón. Los portugueses Eugenio de Andrade y Casimiro de Brito cerraron el recital. Pensé que el alba iba a sorprendernos allí, lo que hubiera resultado muy estético pero poco aconsejable.

En la Asamblea reunida el día 1 se produjo la confluencia del quehacer de las comisiones. «*El Mediterráneo ofrece las distintas caras de un diamante*», dijo Gerard Mur. Entre las deducciones de la segunda comisión, expresadas por Naín Nómez, retengo estas ideas: «*La poesía contribuye, a través de la simbología y la imaginación, a la conciencia humana... Vamos hacia un universalismo transcultural... La poesía empieza en lo personal y acaba en lo colectivo*». De lo expuesto por Pino Montano, relator de la tercena de las comisiones, destaco la referencia al retorno a la poesía oral, la relación de los poetas y la tecnolo-

gía, del Mercado Común con el resto de los países y del poeta con la ciencia y la política. En resumen: *hay \ que mejorar la convivencia.*

Y, después de fijar estas ideas matrices, hubo aula abierta con numerosas intervenciones. Tito Patrikios, a propósito del cuarenta aniversario de la ONU, recordó la independencia frente al poder del Estado y el vínculo de la sociedad; un poeta soviético pediría la protección de la paz y que el lenguaje ruso figurara entre los oficiales; Ana María del Rey, venezolana, leyó un precioso texto sobre Cavafis; un poeta marroquí, en tono exaltado!, sugirió que los poetas mediterráneas se agrupasen, incluyendo a los indios y chinos. Porque adscribirse a esa jarea cultural es un síntoma de la búsqueda de una posición equidistante respecto a las fuerzas dominadoras; Casimiro de Brito afirmaría que lo portugués no termina en Pessoa (tampoco en liorca lo español); Negre Costi dijo qu^ «*el poeta es una persona responsable*»; intervine para recordar a Rubén! Darío y su descubrimiento del Mqditerráneo, origen del Modernismo,! presente en la nueva poesía española, y para señalar la amenaza de retórica que acecha en algunas de las ideas sobre el destino del poeta en nuestro mundo, dejando a salvo las buenas intenciones.

Ya no quedaba para rematfe del Congreso sino la sesión solemne de clausura, cuya presidencia ocuparon, junto con Senghor y Mimmo Merina, Charles Carrere, David Gascpque, Díaz-Casanueva, Mario Luzzij Kyriasis, Kourekolos, Alberti (que jhasta en ese sitio hacía sus deliciosos ^ solicitados dibujos), Sjótrand, Guillevic y Kyriasis. Salieron a la tribuna, Justo Jorge Padrón, presentando la rpvista *Equivalencias*; Eugenio de Anárade, para defender el mundo íntimo en el

que se crea poesía; Alberti, recordador de Rubén, de su nativo mar gaditano y de Huelva, donde Hesiodo situara las bocas del Infierno; Díaz Casanueva, seguro de que se ha evitado la Torre de Babel, pues el lenguaje de los poetas es *pentecostal*, y de que nos espera un nuevo humanismo; el sueco Sjótrand dijo que poesía y civilización se unen, y Guillevic que sus amigos le han hecho rico. Llegó el momento de la lectura de las conclusiones, hecha por Morina. Estas: 1) *Agradecer a Melina Mercouri su apoyo.* 2) *Dirigirse a la ONU para que proteja los lenguajes minoritarios.* 3) *Enviar un telegrama a la UNESCO condenando el materialismo de la época.* 4) *Celebrar el próximo Congreso en Florencia.*

El día 3, los autocares nos llevaban a la visita a la isla, que es como un Parque natural, museo completísimo de la vegetación (pinos, olivos, almendros, cipreses, eucaliptos, viñas...), magia verdeazul de los acantilados a pico, sorpresa continua de las playas. *El verde que te quiero verde* es un estallido. *Isla de la lluvia*, llaman a Corfú, aunque no ahora. Esta geórgica tiene el contrapunto del ruido de los aviones. En su cumbre absoluta, tras el paso por pueblecitos encantadores, se erige el monasterio de Paleocastritsa, de muros deslumbrantes blancos - esos muros en los que Ortega percibió el engarce entre Grecia y Andalucía- como una Rábida. En el interior del templo ortodoxo, los signos medianeros entre la Iglesia católica y la sinagoga. Desde allí nos encaminaron a una de las poblaciones en que el turismo náutico ofrece mayor presencia. A la ida y a la venida, una sensación continua de encontrarnos en un paraíso para las vacaciones. En el filo de una de estas increíbles calas, Law-

rence Durrell describió el más acertado libro sobre Corfú.

Un Congreso crea familiaridad: la del trato y del desfile constante de las fisonomías. Así ocurrió, con Alberti y sus chispas inequívocamente gaditanas; Díaz Casanueva, feliz por haber puesto el pie en Grecia; Guillevic, cara de Sócrates gañido; Thor Viljhamson, el islandés cabo suelto, ensimismado o flotante; los hindúes, campeones de la vestidura exótica, y los chinos, campeones de entregar folletos y pedir direcciones; la alegría de los italianos (pienso en Carla Ptolomeo); el talante vitalista de Claude Couffign; la elegancia pipuda de Alfredo di Stefano, y ya es nombre; la figura inclinada de Cox, el australiano, con quien un españolito sostuvo un diálogo de hora y media sin saber una palabra de inglés, a base de asentirle, ejemplo de comunicación insuperable; la seriedad de los eslavos; el colorido y viveza de los hispanoamericanos, profesores en universidades extranjeras, etcétera. No quiero olvidarme de las *avispa de Aristófanes*, que acudían, puntualmente, al desayuno, ni de la graciosa verbalidad de Beatriz Amposta, a quien Senghor identificaría con la Carmen de España, ni de Casimiro de Brito, siempre en movimiento. Porque en este caleidoscopio se notan mucho las dos clases de personas; contemplativas y trasegadoras. Queden en la memoria algunas afirmaciones de Senghor: «*Los poetas no deben quedarse en las nubes... Nada puede reemplazar a la Poesía... El mundo va siendo conducido hacia el Sur, es decir, hacia Africa*».

En mi agenda, otras frases; así la del rumano Marín Sorescu: «*Los últimos piratas son los poetas*, o la de Lorenz, sacerdote jesuita que vive en el Japón: «*El teatro japonés viene del griego*». O el inesperado homenaje del indio

Trini Bas a la poesía contemporánea española, con alusiones a Salinas y Alberti. El hebreo Carmí también recordó que la poesía bíblica se basaba en el metro de las palabras, que empieza en España unos siglos antes que en Europa.

Pero al enumerar sorpresas, ninguna como la de oír, en la radio, nada más despertarme, *España cañí*, pasodoble que me sonó a himno.

El día 4, esta corte tan variopinta de los milagros de crear palabras no usuales, enfiló para Atenas, tras un buen rato de permanecer en el avionazo sin que éste despegara. Los de la Agencia Havas y la tripulación nos contaron una y otra vez. ¿Qué sucedía? ¿Una bomba? ¿Amenaza de secuestro? Algo más sencillo: un poeta (callo el nombre por simple prudencia) no quiso subir a bordo, aunque sí su equipaje. No quiso renunciar al Paraíso, y quizá esté aún en él. O ha saltado a otras islas.

Atenas a la vista, desde el autocar y con explicadora infatigable. Es una ciudad cuyo carácter se ha esfumado en las edificaciones modernas. Hay que ir a la Acrópolis para verificar ese hallazgo. En varios grupos, una larga marcha hacia el cogollo acolumnado de una cultura. El Paternón se halla en reparaciones, con rodeo de andamios, y esto gracias, dijeron, a los dólares de la Fundación Rockefeller. Confieso que me estremecí ante el teatro de Dionisos, ya restaurado, y sus inmensas gradas casi verticales. El menos imaginativo escucha ahí rumores, que llegan desde el fondo de los siglos, y el crujir de los textos clásicos sin necesidad de artilugios estereofónicos.

En esta luz casi africana vivió el hombre su fiesta de las ideas, su trance religioso y de las invenciones dramáticas o cómicas. Al fulgor de fuera res-

pondía el de los adentros. Esta colina solemne se presta a la exaltación, y no es raro que alguien, Díaz-Casanueva, por ejemplo, alzara los brazos y dijese: / *Ya me puedo morir!*

La Rueda de Prensa, convocada por la tarde, al objeto de que Senghor respondiera a las preguntas de los periodistas, nos permitiría ver, al fin, Sentada a la derecha de Senghor, a tyelelina Mercouri, la autora de *Naci griega*, la intérprete de unos cuantos films memorables. Visión fugaz, pero suficiente, por supuesto, para que comprobásemos que continúa siendo una ¡actriz, por su gesticulación, su modo ¡de fumar un cigarrillo, su actitud muy expresiva. El gran poeta senegalés tuvo nuevas ocasiones de explayar sus conocidas teorías vertidas en el Congreso.

En el cóctel de la despedida, ¡al que asistieron el embajador de España y el de Venezuela (José Ramo Medina, poeta que vivió algunos años entre nosotros), más apuntamiento de direcciones y ¡aún! intercambio de ¡libros. El inevitable tinte melancólico era paliado por la perspectiva de estar en Florencia cuando llegue junio, para asistir al IX Congreso. Adelantaré

que, tras la edición en la patria de Dante, será Lisboa la ciudad favorecida. Y, a propósito de Portugal, la periodista Helena Balsa, que trabaja en la Televisión de su país, no paró de ejercer su oficio. Con ella hablamos un poco de problemas culturales de vecindad.

En el aeropuerto de Atenas, los españoles que vinimos juntos esperábamos iniciar el retorno. Gentes de Alcázar de San Juan, integrantes de un viaje colectivo, se acercaron a Rafael Alberti para pedirle su autógrafo. Y *el marinero en tierra*, a punto de subir al aire, sonreía, gustoso, como sus acompañantes, de hablar la lengua propia.

Desde la ventanilla de la aeronave, yo me decía que el indolente verso de Manuel Machado: *El mar, el mar, y no pensar en nada*, no era aplicable a los siete días entre Corfú y Atenas, porque reflexiones preocupadas ante ese Mediterráneo sí que las hubo. Mediterráneo: una suerte de imagen para la salvación, occidental y oriental, en hermanaje de urgencia ante un planeta con desgarrones de todas las crisis. Ulises, patrón de este encuentro, naufragó en Corfú, pero pudo llegar a Itaca.

L.J.M.*

* Poeta.